

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Mayo 1.º de 1909

FLORES DE MAYO ⁽¹⁾

I

Bendito mes de Mayo, de amor y calma,
Mes devoto y querido, mes de las flores ;
¡Cómo no he de quererte si traes á mi alma
Recuerdos delicados de días mejores !

Entre los perfumados recuerdos de la niñez, hay dos que se fijan indeleblemente, más que en la memoria, en el corazón de todo cristiano. Membranzas purísimas que guardan, al través del tiempo y la distancia, el grato olor del incienso sagrado y el aroma de flores recién cogidas. Son dos fechas señaladas en nuestra tranquila vida de colegio: recuerdos que interrumpiendo la monotonía de la vida presente, ponen ante nuestros ojos, cansados ya de mirar adelante sin encontrar la meta, aquel pasado lleno de encantos y de ilusiones, en que virgen el alma y puro el corazón, goza el niño con las dulces quimeras de lo presente, ajeno aun de los graves cuidados de la edad viril.

El día de la *Primera Comunión* y el *Mes de María* son esas fechas inolvidables que, á medida que se alejan de nosotros con el correr de los años, tienen mayores encantos y despiertan en nuestro espíritu más suaves impresiones. ¡Oh recuerdos castísimos de los primeros años, tanto

(1) Dedicado á mi inolvidable maestro Sr. D. Víctor Mallarino, que me infundió el amor al mes de María.

más bellos os encuentra mi alma cuanto más os poetiza la lejanía! El tiempo, al borrar las líneas y perfiles salientes, os deja rodeados de una luz misteriosa y vaga que da mayor realce á la belleza y ternura al sentimiento.

Podrá el empuje de las pasiones juveniles arrollar á su paso muchos ensueños; tal vez el tiempo destructor arrancará con mano impía muchas ilusiones en flor; borrará recuerdos gratos de la edad infantil; pero jamás el tiempo arrancará de un corazón cristiano la memoria purísima del día de la *primera comunión*; los goces santos que deja en el alma el *Mes de María*.

Muchas, muchas veces ya he visto en mi vida ancianos de cabellos blancos y rostros surcados de arrugas á fuerza de sufrir, llorar como niños al evocar estas dulcísimas memorias. Hombres ajenos de preocupaciones y sensiblerías, no pocas veces alejados de Dios y dados á los negocios del siglo, conmovirse hondamente y aun derramar generosas lágrimas al recordar estos dulces placeres de la primera edad. ¿Y qué mucho que tal suceda? A tales recuerdos están vinculados nuestros más caros afectos; las únicas ilusiones que no se marchitan. Ellos traen á la mente las apacibles escenas del hogar cristiano, la paz de los primeros años, los besos y caricias maternas, aquel único amor que, una vez ido, jamás lo volveremos á encontrar en este mundo. Torna á vivir la madre, y de nuevo cruzan por nuestra mente, libre entonces de congojas, las inocentes escenas infantiles que principian en el regazo materno, y que las más de las veces terminan al iniciarse nuestra vida de colegio; y que ay! tal vez nunca volvemos á presenciar en nuestra larga peregrinación al través de este valle de lágrimas.

Para vosotros los que aprendisteis en el regazo de vuestras madres á balbucir con su nombre el dulce nombre de *MARÍA*; para los que acompañados por ella llegasteis á la mesa santa más alegres que la mañana de ese día feliz y más puros que los lirios y azucenas que adornaban el altar

de la *VIRGEN*, escribo estas líneas, al comenzarse este mes bendito, como tributo de amor y vasallaje á la que es Reina y Madre nuestra por tantos títulos.

II

Queriendo daros en esta ocasión algunos datos históricos acerca del origen del *Mes de María*, busqué aquí y allá con ímprobo trabajo lo que necesitaba. Pero falto de tiempo, y viendo infructuosas mis pesquisas, corté por lo sano, y contentándome con algo muy poco que hallé á mano, resolví, no tratar este asunto, sino servirme de él como pretexto para rendir un homenaje de amor á *MARÍA* y de gratitud á los que despertaron en mi alma el entusiasmo religioso por su poético mes.

Parece que esta filial devoción, tan propia de un corazón cristiano, nació en el Colegio Romano dirigido por los Padres de la Compañía de Jesús, y que á la manera del grano de mostaza de que nos habla el Evangelio, no sólo creció hasta el punto de que anidaron en sus ramas muy en breve muchos miles de aves, sino lo que es más, llevada esta semilla por el aura del amor y del celo, en breve cubrió la tierra, hasta llegar á ser *devoción católica*, en su sentido propio.

De ese Colegio, de feliz memoria, pasó á los otros de la Compañía; de ahí á las iglesias de las ciudades, y hoy día, dondequiera que palpita un corazón *verdaderamente cristiano*, se celebra con júbilo este bendito mes.

Festéjase en las suntuosas basílicas de las grandes metrópolis y en las humildes parroquias rurales, en el rico oratorio y en las capillitas de modestas religiosas; en los centros cultos y civilizados y en las desiertas pampas y espesas montañas, holladas apenas por la planta de heroico misionero; en los colegios y escuelas y en el santuario augusto del hogar: *MARÍA* ha invadido todos los dominios, ha tomado posesión del orbe entero. Los cantos que se elevan en su honor resueñan ora en las altas naves de las ca-

tedrales góticas ; ora en las abruptas cimas de las montañas ; en los palacios de los poderosos y en la humilde choza del labriego. Dondequiera que se alce un templo católico allí se cantan las glorias de MARÍA. Su imagen bendita, adornada con frescas flores y numerosas luces, parece sonreír maternalmente desde su trono de amor á los millones de hijos que desde todos los puntos del globo entonan himno, que á manera de coro universal se eleva al cielo, junto con el estruendo de los torrentes, el trinar de las aves y el sordo retumbar de las olas, pues la naturaleza entera se da cita en este mes para ensalzar á porfía á la que es Reina de cielos y tierra. Todos los pueblos y todas las lenguas, todas las razas y todas las edades toman parte en esta fiesta de la familia católica. El pintor retrata su belleza ; copia su imagen veneranda el escultor ; canta el poeta sus gracias y virtudes, y el músico traduce la plegaria amorosa del cristiano á la ternura infinita de MARÍA. La Iglesia misma, rica en ritos y augustas ceremonias, parece agotar en este mes los preciados tesoros que guarda al través de las edades. Pero sobre todo, junto con las nubes de incienso que en blandos copos se escapan de millones de incensarios y en giros caprichosos ascienden hasta el trono de MARÍA, se escapan también de otros tantos millares de corazones, sentidas plegarias, súplicas fervorosas y santas peticiones que humedecidas, por decirlo así, con lágrimas de amor y gratitud, son la ofrenda mejor, el ramo más preciado, la guirnalda más rica, que podemos brindarle en nuestra infinita miseria.

Si queréis saber ahora, por qué dedicamos á nuestra Madre del cielo, éste y no cualquier otro mes del año, hé aquí lo que á este respecto dicen los Abates Corblet y Martín :

“Las fiestas del Cristianismo están relacionadas de modo admirable con las escenas de la naturaleza ; y si la conmemoración de los difuntos, por ejemplo, viene con la melancólica caída de las hojas, ajústase muy bien con el

recuerdo de MARÍA, el mes de las flores, el mejor tiempo de la primavera. La Escritura y la Iglesia comparan á la Virgen á la *rosa mística*, al *aromático cinamomo*, á la *azucena de los valles*, y la declaran no sólo la más santa, sino la más bella de todas las hechuras de Dios.” “Todas las artes le habían tributado homenaje ; para ella la poesía había modulado los cánticos más suaves, la música sus más armoniosos conciertos ; la pintura había combinado exquisitamente los colores ; la escultura redondeado las líneas más puras ; la arquitectura realizado las inspiraciones más sublimes. Justo era que la naturaleza se asociara al arte, y que la primavera ofrendase á MARÍA el aroma tibio de sus brisas, las flores de los prados, el naciente verdor de los bosques, el melódico trinar de las aves.” “Mayo viene poco después de la Pascua, y es como prolongación de las augustas solemnidades de aquellos días, corona de las instrucciones recibidas, sello de la vida nueva que adquiere el cristiano fervoroso, que ha muerto en espíritu con Cristo y resucitado con EL.” “Así como Jesús crucificado, al declararnos hijos de MARÍA quiso poner bajo la ternura de una madre los frutos de su muerte y los méritos del sacrificio del Calvario, así la Iglesia quiere confiar la santificación de los cristianos, penosamente conseguida en la Cuaresma, á los solícitos cuidados de la Virgen.” “Pasamos así de la mesa eucarística al altar de MARÍA, de los brazos de un padre al corazón de una madre.” “Por eso álzanse altares en honor de MARÍA, se adornan de guirnaldas y de luces, rodean los niños la imagen de su Madre Inmaculada, y repiten lo que la poesía, flor de la palabra, ha dedicado á la Virgen del amor hermoso.”

¡Oh bendito mes de MARÍA! cuántos dulces recuerdos dejas en el alma, cuántos pesares alivias y cuántas amarguras mitigas. Es el mes de las flores solaz en medio de las rudas fatigas de la vida, paréntesis de felicidad abierto en nuestras horas de mortal congoja.

Refiere algún viajero que cuando una caravana cruza las ardientes arenas del desierto, bajo los rayos abrasado-

res del sol, y llega tras largos y penosos días de marcha á un oasis, precipítanse los viajeros á templar la sed que los devora en las cristalinas fuentes que brotan al abrigo de palma bienhechora; y luégo, tendidos allí muellemente á la sombra de las palmeras, disfrutan de grato reposo sin pensar en los trabajos que aún les esperan en su larga peregrinación. Pues lo que á esos tales les acontece en su viaje material, nos sucede también á nosotros en este otro viaje de la vida, no menos penoso que el primero. El mes de Mayo es ese risueño oasis; MARÍA, la fuente pura donde mitigamos la sed infinita de amor y felicidad que nos aqueja; y su amoroso seno, el palmar á cuya sombra adormecemos el dolor y las congojas que nos desgarran el corazón.

III

En cierta inolvidable ocasión—de esto hace ya muchos años—asistía yo por vez primera con mis condiscípulos á un hermoso mes de MARÍA en un colegio de esta capital; colegio de grata memoria, dirigido por un maestro no menos recomendable por sus luces y talentos, que por su profunda piedad y amor á la Reina de los Cielos, y del cual guardo cariñoso recuerdo que los años y las vicisitudes de los tiempos no han logrado entibiar; cariño latente pero vivo como el fuego conservado bajo la ceniza (1).

Llegóse, por fin, el día postrero, el último de aquel venturoso mes de MARÍA. Y á decir verdad, á la alegría de la fiesta mezclábase cierta tristeza, más para sentida que para dicha. Aquellos niños, que lo éramos todos los alumnos de entonces, sonrientes y alegres esperábamos con infantil impaciencia, sentados en los bancos de la improvisada capillita, el momento solemne, aunque en lo íntimo de nuestras almas se despertaba algo como el preludio del dolor, como el anuncio de una pena. ¡Ah! todo placer deja en el alma un hondo vacío, una incierta tristeza! Allá, en el fondo del salón, estaba el altar de la Virgen, engalana-

do aquel día con las flores más frescas y hermosas de nuestros jardines. Numerosas bujías brillaban sobre la santa mesa, y MARÍA, sonriendo dulcemente, con la diestra extendida hacia nosotros, parecía mirarnos con más ternura que nunca, si bien su mano no sé si nos llamaba ó nos bendecía diciéndonos adiós.

Poco después cesó la agitación; quedámos inmóviles en nuestros puestos, y pasado un instante caímos de rodillas. La voz grave y sonora de un sacerdote que rezaba el rosario puso fin á nuestra infantil inquietud. Del fondo del alma brotaba esa plegaria que fluía suave y piadosamente de labios puros y corazones no manchados aún con el hálito emponzoñado del siglo! ¡Qué dulces son las plegarias del niño; qué puros esos goces que luégo sólo de tarde en tarde vienen á refrescar nuestro espíritu á manera de auras primaverales! ¡Oh plegarias fervorosas de la niñez, qué pronto pasáis! ¡Oh alegre primavera de la vida, qué dulce es recordaros cuando ya las brisas otoñales arrancan de nuestro espíritu las hojas marchitas de las primeras ilusiones! ¡Quiera Dios que cuando llegue para nosotros el invierno sombrío de la vejez, os veamos si quiera una vez más como rayo de sol perdido entre las brumas!

El Ministro de Dios ocupó luégo la improvisada cátedra, y en breves pero cariñosas frases, llenas de unción, aquel inolvidable sacerdote, de cabellos blancos y rostro de niño, fresco á pesar de los años y las austeridades del claustro, revelador de la pureza de su alma, de la frescura de sus sentimientos, celebró las glorias de MARÍA con entusiasmo y amor, dignos de tal Madre. Su voz, trémula y blanda, resuena aún en mis oídos; su porte modesto y recogido, su frase viva y atildada, han quedado hondamente grabados en mi memoria.

Terminada la plática, conmovidos hasta lo íntimo del alma, caímos nuevamente de rodillas, en tanto que las voces graves del órgano y las argentinas de un coro de niños

(1) El Colegio de Colón, del cual fue Rector el Sr. Mallarino.

saludaron á MARÍA con un canto religioso. Y junto con ellas, mezcladas y confundidas, subieron hasta su regio trono muchas súplicas rendidas, muchas espontáneas promesas, tal vez realizadas en parte...

De pronto, al pie del altar de MARÍA, apareció un niño de rizados cabellos, llevando en su diestra un perfumado ramillete de flores blancas. La emoción agitaba su cuerpo; tenía pálido el rostro, trémulas las manos. Hecho el silencio, comenzó con voz débil y entrecortada por la emoción, pero que fue robusteciéndose y afirmándose poco á poco, un adiós á MARÍA, que trae el Padre Luis Coloma, S. J. Todos miraban aquel niño con las lágrimas prontas á escaparse.

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
Bendice á los que vamos á partir,
¡ Oh! Virgen del Recuerdo dolorida,
Recibe Tú mi adiós de despedida,
Y acuérdate de mí...

Lejos de aquestos tutelares muros
Los compañeros de mi edad feliz
No serán á tu amor jamás perjuros;
Conservarán sus corazones puros;
¡ Se acordarán de ti!

La emoción coloreaba los rostros; el sacerdote lloraba á hurtadillas; el niño continuó:

Mas siento al alejarme una agonía
Cual no la suele el corazón sentir...
¿ En palabras de niño quién confía?
Temo... no sé qué temo, Madre mía!
Por ellos y por mí!...

El niño declamó los dos últimos versos de la estrofa con tan hondo sentimiento, que estuvo á punto de romper á llorar; pero sacando fuerza de flaqueza, continuó la declamación de la poesía. Llegó finalmente á esta estrofa:

Y mientras yo responda á tu reclamo,
Mientras me juzgue con tu amor feliz,
Y ardiendo en este afecto en que me inflamo,
Te diga muchas veces que te amo,
¿ Te olvidarás de mí?

Al llegar á este punto, declamado con tal vehemencia, como si ya temiera que algún día pudiese olvidarlo esa Madre querida, no resistió más tiempo. Anudósele la voz en la garganta, y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos. Y tomando el ramo, lo puso á los pies de MARÍA y huyó presuroso á esconderse entre sus compañeros.

MARÍA no se olvidó del niño, y le concedió luego... Pero pasemos adelante.

Hoy también, al empezar el mes de MARÍA, conmovido hondamente al despertar estos recuerdos que dormían há tantos años en mi alma, lleno de congojas al mirar tantos niños y jóvenes reunidos para festejar á Mayo, ¿ no podré exclamar como aquel niño:

¿ En palabras de niño quién confía?
Temo... no sé qué temo, Madre mía,
Por ellos y por mí...?

Oh! amigos míos! que nunca jamás el hálito malsano del mundo dañe vuestros corazones; que nunca los dulces y santos recuerdos del mes de MARÍA se borren de vuestra memoria, se arranquen de vuestro corazón; que jamás se entibie vuestro amor por MARÍA! Si mantenéis viva esta llama llegaréis, en día no lejano, á gozar con ella de estas santas delicias, no por un effmero mes, sino por toda una eternidad.

“Salud, bendito Mayo! mes perfumado con memorias de la infancia, consagrado á la que es *vida, dulzura y esperanza nuestra!* Mes de MARÍA, tan deseado, mes de las gracias especiales de nuestra Reina, que tus días se deslicen lentamente: son tantos los favores que tenemos que

pedirle á Nuestra Señora" (1). Con cuánto júbilo celebramos tu llegada, ¡oh dulce mes de MARÍA, y con qué hondo pesar te daremos un adiós que puede ser el último sobre la tierra!

Bendito mes de Mayo, de amor y calma,
 Mes devoto y querido, mes de las flores,
 ¿Cómo no he de quererte si traes á mi alma
 Recuerdos perfumados de días mejores?

JORGE ARTURO DELGADO

Presbítero

Mayo 1.º, 1909.

La enseñanza práctica

VIII

Visto está que los Hermanos de las Escuelas Cristianas vienen dando, hace cinco años, con aprobación oficial, las enseñanzas del Bachillerato Moderno. Dicha educación intelectual se gobierna hoy en el mundo europeo, por el método cíclico concéntrico, y así la dictan los Hermanos en Colombia.

Como la instrucción *técnica ó moderna* tiene como fin *próximo* brindar al alumno cierto número de conocimientos *concretos*, de *inmediata* aplicación en la vida, se comprende que es deber del maestro procurar que el discípulo, al salir de la escuela ó colegio, no haya olvidado ni una sola de las verdades aprendidas.

El método antiguo consiste en *dividir* la ciencia que va á cursarse en *partes iguales*, cada una de las cuales se aprende íntegramente; el moderno, en dictar desde el primer año *toda* la materia, y continuar en los siguientes ensanchándola cada vez más. Un cultivador que no tiene

(1) Dr. R. M. Carrasquilla.